

PALABRAS PRELIMINARES

Lidia Raquel Miranda
Investigadora Responsable del PICTO UNLPam 2011 0201

Durante las jornadas del 10 y 11 de abril de 2014 se desarrolló en la Universidad Nacional de La Pampa el I Workshop “Metáfora y *episteme*: hacia una hermenéutica de las instituciones”, encuentro académico organizado por los investigadores del PICTO UNLPam 2011-0201, proyecto denominado precisamente “Metáfora y *episteme*: hacia una hermenéutica de las instituciones”. Gran parte de los investigadores de dicho equipo de trabajo participaron con ponencias en las distintas sesiones, y también colaboraron de la organización, de la evaluación de trabajos y de la moderación y coordinación de las mesas temáticas. Pero, además, este encuentro de trabajo y discusión contó con la intervención de otros miembros de la comunidad académica, tanto local como de otras universidades, lo cual lo transformó en un espacio de intercambio fructífero y abarcador.

Las siguientes reflexiones tienen como objetivo precisar los aspectos centrales en torno de los cuales se desarrolla la investigación antes aludida, para comprender los temas y perspectivas que la definen.

1. Por qué metáfora

Desde el punto de vista retórico, la metáfora es el dispositivo que mayor atención ha recibido por parte de los investigadores, tal como revela la profusión de estudios dedicados a su abordaje.

La definición más habitual sostiene que la metáfora es una expresión lingüística en la que un vocablo o un grupo de vocablos son transferidos de su contexto semántico a otro y es utilizado como imagen. La metáfora representaría, entonces, una sustitución léxica cuya significación propia guarda con la del vocablo sustituido una relación de copia o similitud. Este es el sentido que le atribuye Jakobson (1976), en tanto considera que la metáfora es el resultado de una combinación por similitud, en virtud de la cual se produce una selección y un reemplazo de carácter paradigmático de un elemento léxico por otro con el que comparte

determinados semas que apoyan la referida similitud. En la expresión metafórica, los términos relacionados tienen una parte común que produce la semejanza global entre ambos, a partir de la cual el término explícito sustituye al implícito.

Estas perspectivas se sustentan en el pensamiento de Aristóteles, para quien la metáfora constituye la “traslación de un nombre ajeno” y se fundamenta en la analogía, que funciona cuando existen relaciones de correspondencia entre miembros que pueden ser intercambiados. La sustitución tiene lugar porque los elementos que se conmutan poseen rasgos comunes pero no una identidad absoluta.

Aristóteles describió la metáfora y sus clases en la *Poética*, aunque no se ocupó del momento ni de la necesidad en que surgió. Las ideas de traslación y analogía por él propugnadas a propósito de la metáfora constituyen constantes teóricas que fundamentan tanto la sustitución de elementos como su base lingüística y cultural. Cicerón en *De Oratore*, III, 38 indica que la metáfora se empezó a usar a raíz de una cierta carencia en la lengua de expresiones propias para las nociones que la experiencia creciente de los hombres tornaba indispensables. Pero lo que fue en sus orígenes una necesidad impuesta por las deficiencias de la lengua se convirtió más tarde en objeto del gusto retórico. Por ello, se suele abordar la metáfora como fenómeno eminentemente poético y estético, aunque, como documenta Eco (1990), la actividad metafórica está presente también en el pensamiento científico y en el lenguaje cotidiano, de ahí nuestro interés por su estudio en el seno de diferentes disciplinas.

En esta línea, varios pensadores consideran que la metáfora muchas veces subyace al supuesto rigor del lenguaje no poético y constituye un instrumento mental imprescindible para la construcción de representaciones de la realidad, no solo aquellas que poseen un valor estético y permanecen circunscriptas al ámbito literario, sino también las que aparecen en otro tipo de discursos comprometidos con valores como la búsqueda de la verdad o la descripción de la realidad.

Ricoeur (1980; 2010) propone que la metáfora crea su propio sentido y dice algo nuevo sobre la realidad, a la par que rechaza la idea de sustitución de una palabra por otra. Según Ricoeur, uno de los méritos de la investigación contemporánea sobre la metáfora es haber llevado su análisis de la esfera de la palabra a la del enunciado. La metáfora da lugar a un efecto de sentido que el autor concibe como resultado de una innovación semántica creada gracias a la aproximación en el espacio lógico de dos términos que deberían estar alejados. Desde esa perspectiva, la metáfora, “en lugar de ser una denominación desviada, es una predicación extraña, una atribución que destruye la coherencia o, como se ha dicho, la

pertinencia semántica de la oración, instituida por los significados usuales, es decir, lexicalizados, de los términos en presencia” (Ricoeur 2010: 23).

2. Por qué *episteme*

Todas las especulaciones sobre los orígenes y la funcionalidad de las metáforas tienen el mérito de actualizar su problemática. Actualmente, su análisis no solo sigue ocupando un lugar esencial como tema de debate, sino que su realización desde diversas disciplinas ha producido también una variada y rica literatura, cuya lectura pone de manifiesto que la metáfora no es un fenómeno puramente lingüístico, sino que forma parte del terreno de la experiencia cotidiana y del flujo de la imaginación simbólica.

Como explica Collini (2002), la historia de la actividad interpretativa se remonta a los intentos de los occidentales por establecer el significado de la Palabra de Dios. Así, la fase moderna se inauguró con la mayor conciencia acerca del problema del significado textual manifestada por la hermenéutica bíblica asociada a Schleiermacher, a principios del siglo XIX, y alcanzó su auge con Dilthey a finales de dicho siglo. Pero el debate sobre la interpretación ha cobrado impulso principalmente a partir de la expansión desde 1945 de la educación superior por todo el mundo occidental y de la resignificación de las temáticas culturales que tratan sobre la identidad y la categoría de las “disciplinas” definidas institucionalmente. Sin embargo, en décadas recientes, con la dilución de la hegemonía de las presuposiciones sociales y étnicas, se ha puesto en cuestión el canon de escritos tradicionales que constituían el tema de la disciplina y los métodos considerados apropiados para su estudio. Por otro lado, el conflicto entre las preocupaciones propias de la filosofía europea continental y una difundida tradición anglosajona de concebir la explicación y la apreciación críticas arrojó una nueva carga de significación a los debates sobre la interpretación.

La extensión del estructuralismo, representado por Saussure en la lingüística y por Lévi-Strauss en la antropología, produjo, a partir de la década de 1950, la tendencia en otros ámbitos disciplinares a la búsqueda de estructuras y patrones recurrentes subyacentes que fueran comunes a todas las áreas de la actividad humana. La combinación de estas ideas con la proyección postkantiana de indagación trascendental sobre las condiciones de posibilidad de una actividad dio génesis a teorías generales acerca de la naturaleza del sentido y la comunicación. La caracterización de “postestructuralista” que recibió otro sector teórico, si bien responde a una necesidad frecuente de catalogar, también da cuenta de la relevancia del

señalamiento saussureano respecto de la arbitrariedad del significante. Sobre esta idea como base mucho se ha construido, y se destacan los postulados de Derrida, para quien el signo lingüístico como entidad biplánica resulta una ilusión indicativa de la comunicación. Para el filósofo argelino, el sentido y las condiciones de verdad de un enunciado dependen de las acepciones convencionales dentro de una determinada lengua que reproduce el objeto ausente y no de su adecuación a un referente disponible para su repetición (Derrida 1985; Scavino 2010). Esto repercute en el discurso científico ya que, si es imposible llegar a la cosa como verdad, tampoco es posible afirmar los valores veritativos acerca de los enunciados descriptivos que la ciencia hace sobre ella.

La independencia entre la significación y el referente, que resulta de la propuesta de Derrida, implica la imposibilidad de una delimitación precisa entre el discurso científico y el discurso ficcional. El discurso referencial refleja las cosas tal como son, como se presentan, mientras que el discurso figurado las representa y les atribuye una figura que las deforma. Pero, si los términos remiten a otros, entonces, lo literal es una variante de lo figurado, todo es interpretación. El estudio etimológico del lenguaje muestra cómo las palabras son en realidad figuras poéticas y la identidad de las cosas no preexiste a las palabras. Las figuras poéticas que crea el hombre son redefinidas (Scavino 2010), toda concepción que el científico tiene sobre una cosa está predeterminada por un viejo signo que es incluso anterior a la presentación originaria de la cosa en sí (Derrida 1985). De allí que la dificultad de discernir cuál fue el acto originario de presentación del objeto repercute en la imposibilidad de distinguir entre el discurso metafórico y el literal.

En este sentido, el giro lingüístico revirtió los términos de la concepción tradicional del lenguaje como reflejo del pensamiento y, en este marco, lo pensable se extiende hasta los límites de lo expresable. El lenguaje es editor del mundo (Serna Arango 2007) y ello interviene de manera compleja sobre el discurso científico puesto que, en primer lugar, la característica primordial no será su referencia a la realidad sino las construcciones lingüísticas de las que se vale y, en segundo lugar, la relevancia de las condiciones de verdad se traslada hacia la verosimilitud de la interpretación ofrecida.

Rorty (1980) se suma a la ruptura señalada al apuntar que los cambios acontecen en el nivel lingüístico y contrapone la filosofía sistemática a la filosofía edificante. Sostiene que la primera debe ser abandonada y enarbola la segunda por prescindir de la teoría del conocimiento que propugna que a cada palabra le corresponde un objeto en el mundo, que las

cosas son fácilmente cognoscibles y que sus esencias proveen el vocabulario adecuado para elaborar el discurso epistémico.

3. Por qué hermenéutica

La desestimación de la pretensión de acceder a la verdad brinda a la hermenéutica un rol central como método adecuado para mostrar a las ciencias humanas como englobantes de la totalidad de la experiencia humana. He aquí una coincidencia con lo que plantea Ricoeur sobre la historia como “flujo englobante”: para él, la analogía “es la condición trascendental en la que la imaginación es un componente fundamental de la constitución del campo histórico” (Ricoeur 2010: 209).

La mutación del léxico acontece en distintas disciplinas desde un punto de vista diacrónico, tal como lo plantea Benveniste (1983). Sin embargo, desde un punto de vista sincrónico, las ciencias sociales revelan también cierta heterogeneidad al nutrirse del lenguaje e idioma en el que enuncian su discurso. El discurso constructivo elabora su propio léxico y lo distribuye con la aspiración de que sea aceptado y naturalizado en los usos de la comunidad en que se inscribe.

La metáfora, entendida como flujo simbólico basado en la analogía, requiere por lo tanto una comprensión que supone necesariamente un dinamismo semántico para rehacer la operación discursiva que dio origen a la innovación y que exigiría, como segundo paso, la explicación de la metáfora, instancia eminentemente intelectual, como postula Ricoeur (2010). También Eco (1990) considera que es necesario analizar el mecanismo según el cual se interpretan las metáforas para formular algunas conjeturas sobre las fases de su generación.

Respecto del problema de la referencia de los enunciados metafóricos, Ricoeur mantiene la convicción de que el discurso conlleva “una experiencia, un modo de vivir y de estar-en-el-mundo que lo procede y pide ser dicho” (Ricoeur 2010: 35) y, al implicar un matiz performativo, todo discurso se comprende como significado. Para el semiólogo italiano, sin embargo, la interpretación metafórica trabaja sobre interpretantes, es decir, sobre funciones sígnicas que describen el contenido de otras funciones sígnicas: se trata, entonces, de similitud entre propiedades de dos sememas y no de similitud empírica. Según Eco, una “manera de recuperar el tratamiento referencial de la metáfora consiste en sostener que el vehículo metafórico debe entenderse literalmente, pero proyectando su contenido sobre un mundo posible, que representa su tenor” (Eco 1990: 168). Para Eco, la metáfora no instaura una

relación de similitud entre los referentes, sino de identidad sémica entre los contenidos de las expresiones, por ello de manera indirecta concierne a los referentes. En tal sentido, en la medida que la interpretación metafórica elabore modelos hipotéticos de descripciones enciclopédicas y vuelva pertinentes ciertas propiedades en tanto componentes semánticos, construye una similitud. Los enfoques sobre el sentido de la metáfora de estos autores coinciden en el desplazamiento del foco de interés desde el nivel de la simple denominación hacia los problemas de reestructuración de los campos semánticos, con lo cual se vuelven objeto de aproximación hermenéutica.

Para Ricoeur, la tarea hermenéutica consiste en buscar en los textos la dinámica entre su estructuración y la capacidad que tienen de proyectarse para engendrar un ‘mundo’, que constituye el contenido textual. Esto se relaciona con el plano epistemológico a través de las instancias de comprensión y explicación de las ciencias histórico-hermenéuticas: el primer momento no metodológico de comprensión se combina con el momento metodológico de explicación en una relación dialéctica que se denomina interpretación.

Desde la perspectiva de Beuchot (1998), la subjetividad que vuelca el intérprete sobre el mensaje originario quita toda objetividad a la ciencia y por ello coexisten una interpretación principal con otras menos atinadas (hermenéutica analógica). La interpretación metafórica nace de la interacción entre un intérprete y un texto metafórico, pero su resultado está autorizado únicamente por la naturaleza del texto y por el marco general de los acontecimientos enciclopédicos de una cultura determinada (Eco 1990: 170): la ciencia halla utilidad en la retórica por cuanto facilita la aceptación del público erudito.

4. Por qué instituciones

“La primera manera según la cual el hombre intenta comprender y dominar lo *diverso* del campo práctico es la de procurarse una representación ficticia de él” (Ricoeur 2010: 205). A partir de esta afirmación del hermeneuta francés hemos construido la base hipotética de nuestra investigación, ya que concebimos que la imaginación simbólica suministra el medio —la metaforización— para comparar y evaluar motivos diversos que denominamos ‘instituciones’. En efecto, partimos de la concepción de que el vínculo social se asienta en una constitución analógica y tanto los individuos como las entidades colectivas están vinculados a la realidad social a través de las figuras del imaginario social. Por ello, el proyecto de investigación que llevamos adelante estudia las instituciones, desde distintas

perspectivas epistemológicas, a partir de un centro problemático común que es el de la metáfora.

Tomando en cuenta la definición de institución que proponen Tau Anzoátegui y Martíre (2005: 26), acordamos en que la convivencia social es insoslayable para que una institución sea posible. Ciertamente, la convivencia se traduce en obras y acciones de los hombres que requieren un control que escapa a sus posibilidades individuales. Así, cada individuo se sustenta y se sirve de ciertos elementos que la vida social pone a su disposición, en forma de instituciones, y que le proveen pautas de comportamiento y estructuran su vida en común. Así concebidas, las instituciones constituyen un aporte social complejo que abarca los más diversos aspectos de la vida del hombre y, por lo tanto, se presentan como ordenamientos parciales en tanto ninguna puede ni pretende abarcar la integridad o la totalidad del ser humano. Así mismo, el concepto de institución se asienta en la idea de sistema de vigencias, lo que implica no solo considerarla en relación con un eje espacio-temporal específico que ejerce influencia sobre la sociedad, sino también con atención a un conjunto de fuerzas en estado de tensión que propician el desarrollo y la cohesión y se traducen en un uso social que supone una serie de normas valorativas y reguladoras.

Por su parte, Benveniste considera “no solamente las instituciones clásicas del derecho, del gobierno, de la religión, sino también aquellas instituciones menos aparentes que se esbozan en las técnicas, los modos de vida, las relaciones sociales, los procesos verbales y mentales” (1983: 8). Su línea de investigación, que se enmarca en el estudio léxico de perspectiva diacrónica, analiza la formación y la organización del vocabulario de las instituciones en las lenguas indoeuropeas, el que revela una cultura común y una conexión en las lenguas particulares. Su objetivo es “hacer aparecer allí donde, al principio, no tenemos más que una designación, una significación. Así, la dimensión temporal se convierte en una dimensión explicativa” (1983:10).

En un sentido afín, nuestro proyecto se ocupa de los términos o expresiones que, en distintas disciplinas, aparecen dotados de un valor que se impone y al cual tratamos de restituir el contexto hermenéutico en que se ha especificado. Intentamos, pues, sacar a la luz estructuras soterradas, devolver a su principio de unidad las divergencias de los usos técnicos y/o particularizados y, a la vez, mostrar cómo la lengua y los discursos reorganizan sus sistemas de distinciones y renuevan su aparato semántico a través de la enunciación metafórica. Consideramos que, una vez interpretada, la metáfora induce a ver el mundo de

manera distinta, pero para interpretarla hace falta interrogarnos no solo por qué sino, fundamentalmente, cómo muestra el mundo de esa nueva forma.

5. Cierre

En síntesis, el equipo de trabajo del PICTO UNLPam 2011 0201 considera que la constitución de un campo discursivo particular es susceptible de ser reconocido en los distintos ámbitos epistemológicos que ocupan a sus miembros (literatura, lingüística, filosofía, historia, derecho, psicología y geografía). Vale decir que los textos de dichas disciplinas tienen un contenido estructural profundo —que es, a nuestro criterio, de naturaleza ‘poética’ o ‘figurada’— y una expresión lingüística específica que operan juntos como elementos formantes de un paradigma compositivo. De esta suerte, es dable pensar que la construcción ideológica de los textos no estriba únicamente en la utilización de recursos y conceptos explícitos, sino que ellos constituyen solo el nivel textual manifiesto, en tanto aparecen en la superficie y son de relativa fácil identificación. En cambio, el texto se vale de otras estrategias para obtener distintos efectos explicativos que son de carácter poético y que le confieren una eficacia hermenéutica distintiva.

Así percibido, el acto hermenéutico implica la búsqueda de una retícula simbólica en la configuración de los textos, pues estamos persuadidos de que los distintos ámbitos epistemológicos codifican sus textos como expresiones altamente simbólicas y, por lo tanto, la comprensión de su contenido aparece mediada por un proceso hermenéutico determinado, cuyo núcleo se halla en la figura de la metáfora.

6. Referencias bibliográficas

- Albaladejo, Tomás (1991). *Retórica*. Madrid: Síntesis.
- Benveniste, Émile (1983). *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid: Taurus.
- Beuchot, Mauricio (1998). *La retórica como pragmática y hermenéutica*. Rubí: Anthropos.
- Collini, Stefan (2002). “Introducción: interpretación terminable e interminable”. U. Eco. *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid: Cambridge Iberia, 9-32.
- Derrida, Jacques (1985). *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*. Valencia: Pre-textos.

- Eco, Umberto (1990). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen.
- Jakobson, Roman (1976). *Saggi di lingüistica generale*. Milán: Feltrinelli.
- Ricoeur, Paul (1980). *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Europa.
- Ricoeur, Paul (2010). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica. II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rorty, Richard (1980). *Philosophy and the mirror of nature*. New Jersey: Princeton University Press.
- Scavino, Dardo (2010). “El giro lingüístico” en *La filosofía actual. Pensar sin certezas*. 2° ed. Buenos Aires: Paidós.
- Serna Arango, Julián (2007). *Ontologías alternativas. Aperturas de mundo desde el giro lingüístico*. Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial.
- Tau Anzoátegui, Víctor y Eduardo Martiré (2005). *Manual de Historia de las instituciones argentinas*. Buenos Aires: Librería – Editorial Histórica Emilio J. Perrot.